

La prosa poética de Amighetti

Guillermo Ramos M.

Confieso que siempre he tenido una tal vez exagerada aversión por la "literatura" y la "poesía" nacionales. Y de las obras que la Editorial Costa Rica ha publicado y que han llegado a mis manos he procurado apartar —como para más adelante— dos o tres volúmenes. La confesión anterior no contiene ningún juicio de valor, pues en estas cosas —como en tantas otras— yo me manejo por intuición.

Recuerdo haber comprado alguna vez la colección completa de la Editorial, más que nada por una especie de equívoca manía patriótica. Entre esos libros —por largo tiempo— se hallaba Francisco en Costa Rica, de Amighetti.

Conocí al autor, sin saber que entre otras cosas era poeta, en 1958, cuando a los estudiantes de Ciencias y Letras nos inducían a recibir lecciones de una área que se llamaba algo así como apreciación artística. Era una especie de vano intento por hacer que los supuestos futuros profesionales se "culturizaran" y afinaran su espíritu, acercándose a las artes —como quien pasa frente a las vitrinas de un museo y resbala perezosamente la vista sobre lo que ve—, antes de emigrar, para acomodarse algún día en la sociedad productiva, (para llamarla de otro modo, ya que la "sociedad de consumo" está hoy en discusión). Fue entonces que, sin saber una gota de pintura, —ni desear saberlo por aquel tiempo— me tocó recibir con él lecciones de pintura y dibujo. Yo iba a la lección por "compromiso", pero sabía que era incapaz de dibujar ni siquiera una de esas casas de cuaderno de dibujo escolar, que tienen techo de dos aguas y fachada plana, con puerta al centro y dos ventanas cuadradas a los lados. Ahora creo que me apunté en las clases de dibujo no por el dibujo mismo, sino por el profesor que las daba: el señor Amighetti, comprensivo y sencillo, capaz de soportar la inutilidad y la ineptitud de los muchachos. El se acercaba a los pupitres con su habitual amabilidad y estimulaba a los indiferentes y remisos estudiantes, para que continuaran moviendo su lápiz sobre el papel rebelde. Acostumbraba entonces pronunciar una frase prudente y alentadora, acompañada

con una sonrisa comprensiva: "Quizás le vendría...". Yo miraba al maestro con atención, y me parecía entonces que aquel hombre alto y delgado, amable hasta la exageración, podría ser todas las cosas del mundo, pero jamás un profesor universitario.

Mi error provenía, sin duda, de la imagen que me había forjado, según la cual un profesor universitario debía ser un hombre circunspecto y severo, de verbo riguroso y seco. La ignorancia me llevó a pensar que aquel hombre era una especie de simple criatura del Señor, cuyo único afán era ayudar, ingenuamente, a quienes no podía ayudarles.

Cuando su libro llegó a mis manos no quise abrirlo. Suponía que no iba a encontrar en él nada que valiera la pena, como salido del caletre de tan sencilla persona. El tiempo pasó y un día de tantos me resolví a leer "Francisco en Costa Rica" y me llené de sorpresa. Vagamente había llegado a creer que en Costa Rica no se hacía buena literatura porque este era un país sin materia prima vital que mereciera reflejarse en la literatura o la poesía. Atribuía la pobreza de nuestros libros, no tanto a sus autores como a la pobreza de nuestra vida humana, de nuestra naturaleza y de nuestra historia. Y que, por tanto, nuestra literatura y poesía no habían sido otra cosa que imitación servil de lo extranjero. De lo extranjero adquirido en librerías, en volúmenes en los cuales la vida venía disecada y empacada.

Hacia tiempo había tenido oportunidad de leer unos fragmentos de otro libro de Amighetti, la "Historia natural del diablo", pero yo, en mi torpeza, asociaba esa obra, no sé por qué, con otro escritor costarricense, el "diabólico" Cristián Rodríguez. No me cabía en la imaginación que aquella especie de santo laico que era Amighetti pudiera concebir una historia de tal naturaleza.

En Francisco en Costa Rica el lector puede constatar la presencia de un autor culto, refinado y sensible. Su prosa es agradable y directa. Es uno de esos libros que no están escritos "con fórmula", como diría Hipólito Taine. Es un buen ejemplo de prosa poética, salpicada de fina ironía y decantada por el buen gusto:

Hoy que la Editorial Costa Rica se ha propuesto editar un libro diario, recuerdo la opinión de un buen amigo, según la cual mucho se avanzaría si en lugar de eso se decidiera no pasar de un libro por mes. La opinión, tal vez, sea injusta. Yo diría que si todos esos libros fueran como el que le publicaron a Amighetti, bueno sería que se publicaran dos diarios.

Otro de los méritos de Francisco en Costa Rica es su relación umbilical con la vida y la naturaleza de nuestra tierra, que no tiene que envidiar ni copiar tontamente la de otros países, aunque venga escrita por genios. Porque es vano empeño que nuestros poetas y escritores se afanen en seguir escribiendo a lo Rulfo, a lo García Márquez o a lo Asturias; o a lo Neruda, Vallejo y Octavio Paz, dándole paso a la impostura y al remedo estético, como si, según la opinión de otro buen amigo, el poeta Carlos Martínez Rivas, se pudiera hacer literatura con literatura.

Si, en definitiva, la literatura es, como se ha dicho, historia interior del hombre, en Francisco en Costa Rica, tenemos un ejemplo vivo e irrefutable. Allí están plasmadas no sólo las "vivencias" del autor, en el país de su infancia y adolescencia, sino también muchos hechos y circunstancias de la Costa Rica en que el autor se desenvolvió y que, en gran parte, hoy pertenecen al pasado, pero que configuran el acervo cultural de la nación. Lejos de la pantomima literaturizante, del narcisismo puesto en letras de molde.

Los neófitos tenemos mucho que aprender de este libro, y recordar las palabras de Ezra Pound cuando dice: "es de gran importancia que se escriba gran poesía, pero no importa en absoluto quien la escriba. Las demostraciones experimentales de un hombre pueden ahorrar el tiempo de muchos..."

O también: "Cada época posee sus dones en abundancia, pero son pocas las que los convierten en materia perdurable".

Y finalmente: "La gran literatura es sencillamente idioma cargado de significado hasta el máximo de sus posibilidades. Cuando nos ponemos a examinarla, encontramos que este objetivo ha sido logrado por varios tipos claramente definibles de gente, y por una periferia menos claramente determinada".

La prosa poética de Amighetti, en Francisco en Costa Rica, contiene más poesía que la mayoría de nuestros libros escritos en verso. Bien se sabe que el fenómeno poético es anterior, cuando se da, a las formas con que se manifiesta. Pues no es el verso el que hace a la poesía, sino la poesía la que puede hacer al verso o a la prosa poética. Y, por sobre todas las cosas: no hay nada que pueda estar por encima de la autenticidad y la honestidad en las artes. Y no sólo en las artes.